

# A C T I T U D E S

## VILLANCICO DEL ALMA ATRIBULADA

POR ESTHER LÓRIZ

**Y**A estoy aquí, Amor mío, Tesorico mío: todo me impedía llegar hasta Ti.

¡Si Tú supieras cómo todo y todos (¡ay!, y hasta yo misma) me arrastraban hacia atrás! Lejos, muy lejos de Aquí; abajo, muy abajo de esta Altura.

Hacia atrás, hacia la ciénaga donde vivo casi siempre; de donde casi nunca intento salir.

¿Sabes, Niño mío?, en cuanto supe que Tú estabas quise venir a verte, a hacerte una visitilla. En cuanto vi tu estrella, tan titilante, noté dentro de mí un hermoso impulso que me llevaba a emprender un camino que me dejaría al pie mismo de tu Pesebre.

Pero... ¡es que mis miembros estaban tan pesados, enlodados con el fango de mi terreno bajo y pantanoso! Era que mi cuerpo estaba ligado y religado con un sinfín de ataduras que me apretaban tan fuerte que me cortaban el aliento y no me dejaban aspirar ni una bocanada de aire puro. Y mis ojos, habituados a la niebla que rodea toda mi existencia, no sabían, los pobres, orientarse para encontrar la Luz.

Al principio, cuando sentí tu secreta llamada que me atraía, al intentar acudir, caí tantas veces que estuve a punto de no levantarme más.

Y, mientras hacía enormes esfuerzos para salvarme de mi propia trampa, oía los gritos de las gentes felices que voceaban, llenas de gozo, la Noticia. Tan simple, tan diáfana, pero tan llena de sentido, que anunciaba que Tú habías venido.

Qué tarea agotadora hasta que logré reunirme con los que, el alma y el pie sin lastre, marchaban a humillarse, sin esfuerzo, delante de Ti.

Ya estoy aquí, Corazón mío. Sin aliento, sudando de angustia a pesar del abanico de carámbanos que el viento agita, pero ya estoy aquí.

Voy a acurrucarme muy, muy cerca de tu Pesebre (¿te molesta?), y me estaré así, sin moverme, sin decir nada. Es un silencio suplicante y también vergonzoso porque... porque yo no tengo torta, ni corderillo, ni tarro de miel para ofrecerte.

Nada, mi Niño, no tengo nada para Ti.

Está... mi miseria... Y hay mucha. ¿La quieres? ¿Quieres Tú mi miseria, Divino mío? Puedes aceptarla, ¿eh? Bien sé que sí que puedes, pero... ¿la quieres, di, la aceptas?

Respóndeme y dime que sí, te lo ruego, porque no encuentro otra cosa. Busco y no hallo nada: estoy hueca por dentro. Envuelta, eso sí, en mil y mil cortezas resistentes; pero sin meollo. Hueca, vana. Oscuramente vacía.

¿Sabes qué voy a hacer, si Tú me lo permites? Voy a descortezarme delante de Ti e iré posando a tus Plantas todas mis mondaduras. Todas. Hasta la más agarrada a mí; hasta la que, al arrancarla, me haga sangrar.

Y, cuando quede completamente desnuda de tanta escoria, Tú me harás la gracia de castigarme, de purificarme y, luego, de vestirme con un trozo de ese pañal tuyo que tanto me ha maravillado siempre: un pedacito de tu Humildad.

No me atrevo casi a mirarte; pero me voy sintiendo, poquito a poquito, como aligerada, como enjuagada por una especie de lluvia limpiadora que lava toda clase de manchas, toda mi suciedad.

Pero, ¿qué es lo que estoy viendo por el rabillo del ojo, Bien mío, Lucero mío, Amado mío? No me turbes más todavía, te lo suplico. ¿Es que estás llorando Tú, Tú, conmigo, oh, Dios mío?